

## EL TANGO DE SÍSIFO. DÓLAR, CRISIS Y CAMBIO DE GOBIERNO EN ARGENTINA

José Natanson

8 de octubre de 2019

Desde el comienzo del proceso de industrialización en los años treinta, el problema de la economía argentina es el mismo: la falta de dólares. La explicación es simple: la industria argentina, más desarrollada que el promedio latinoamericano pero lejos de la de los países desarrollados, involucra un 70% de componentes, insumos y equipamiento importados, incluyendo energía<sup>1</sup>. El sector agropecuario, en tanto, genera un superávit comercial importante, pero en el largo plazo insuficiente. Esta estructura productiva desequilibrada, según la definición clásica de Aldo Ferrer<sup>2</sup>, es la causa última de la recurrencia de las crisis y la explicación del enervante ciclo de *stops and goes* que singulariza la economía argentina, cuyo resultado es un crecimiento entrecortado y decepcionante: el PIB argentino creció en las últimas cuatro

décadas un 1,78% anual, contra el 4,1% de Chile y el 2,5% de Brasil<sup>3</sup>.

El ciclo se repite: partiendo de una crisis, la economía comienza a expandirse, la industria despega y las importaciones, por lo tanto, aumentan, hasta que en cierto momento los dólares de la cosecha se agotan, y emerge lo que los economistas denominan “restricción externa”. La salida suele ser una devaluación desordenada, seguida a menudo por un *default* parcial o total de la deuda y algún tipo de incautación de ahorros y depósitos, usualmente en un contexto de conflicto social e inestabilidad política. Con variantes, esto es lo que viene ocurriendo en las crisis que se suceden de manera periódica desde hace décadas.

El ciclo se ve agravado por la particular estructura social de Argentina. Justamente, como resultado del peso del sector industrial, el país cuenta con una amplia clase media y una

---

<sup>1</sup> Claudio Scaletta (2019): “Las razones del fracaso”, *Le Monde diplomatique*, Edición Cono Sur, n° 243 (septiembre).

<sup>2</sup> Aldo Ferrer (2004): *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

---

<sup>3</sup> Véase:

<https://www.cronista.com/columnistas/Enbusca-del-crecimiento-perdido-20190306-0003.html>.

clase trabajadora relativamente fuerte, dotada de una poderosa representación sindical (la tasa de afiliación argentina es de hecho la más alta de la región, junto a la uruguay<sup>4</sup>). Esto implica que, en contextos de crecimiento, los trabajadores demandan mejoras salariales, que si al principio se vuelcan a bienes básicos que el país produce internamente, como alimentos, luego comienzan a orientarse a una serie de productos con gran parte de sus costos en dólares, como electrodomésticos, autos, motos y turismo en el exterior. A diferencia de países con estructuras sociales más desiguales y sindicatos más débiles, como Chile o Brasil, donde las fases de crecimiento no desatan la puja distributiva entre trabajadores y empresarios, en Argentina el crecimiento activa la lucha de clases, lo que genera escasez de divisas y, al final, tensiones macroeconómicas.

Pero además, como consecuencia precisamente de esta historia de crisis, devaluaciones e inestabilidad financiera, la economía argentina funciona como una economía bimonetaria, en la que ciertas transacciones, por ejemplo las inmobiliarias, se pactan y concretan en dólares, y en la que los excedentes se dolarizan y se convierten en activos colocados fuera

del sistema: se calcula que los argentinos tienen fuera del sistema financiero unos 300.000 millones de dólares, casi un PIB<sup>5</sup>.

La dificultad para resolver el problema de la escasez de dólares no se reduce a una simple cuestión técnica, sino que responde a razones históricas profundas. En contraste —una vez más— con sus vecinos, con el desarrollismo brasileño y el neoliberalismo chileno, Argentina nunca logró consensuar un modelo de desarrollo estable en el largo plazo y vive desde hace más de medio siglo una puja entre dos proyectos. De un lado, el modelo liberal-aperturista que impuso la dictadura militar (1976-1983) y quiso recrear Mauricio Macri, propone apostar a las ventajas comparativas estáticas —agro, energía, minería— como motores del crecimiento, lo que implica un diseño económico desregulado y abierto, de bajos impuestos y orientado a las grandes potencias compradoras de materias primas. Su contracara es un debilitamiento de la industria, de los trabajadores y la clase media. Del otro, el modelo nacional-desarrollista, que creó el primer gobierno de Juan Perón (1946-1955) y recuperó el kirchnerismo (2003-2015), que defiende un mercado interno fuerte, es decir, salarios altos, lo que a su vez supone

---

<sup>4</sup> Véase:

<https://www.iprofesional.com/notas/280448-industria-inflaci%C3%B3n-tasa-La-Argentina-es-el-segundo-país-con-mayor-sindicalización-de-Sudamérica>.

---

<sup>5</sup> Véase:

<https://www.politicargentina.com/notas/201604/13089-habria-mas-de-un-pbi-argentino-en-el-exterior-y-la-mitad-no-estaria-declarado.html>.

ciertos niveles de protección a la industria, un Estado amplio e impuestos a las exportaciones agropecuarias para financiarlo, con una estrategia exterior orientada a la integración regional. Su reflejo es un fortalecimiento de los sectores populares y los sindicatos.

Consideradas así las cosas, el precio del dólar no es en Argentina un precio más, sino la variable determinante de la vida económica, social y política. Recientes investigaciones demuestran que la utilización masiva del dólar se remonta al menos a los años cuarenta y que incluso los segmentos de la sociedad que no acceden a la moneda estadounidense son conscientes de su importancia en su vida cotidiana<sup>6</sup>. El dólar no es un simple indicador macroeconómico sino el reflejo de un largo conflicto histórico: un dólar devaluado beneficia a los exportadores y reprime la industria, por lo que resuelve —de manera transitoria— el problema de la restricción externa, pero implica salarios bajos, es decir, pobreza y conflicto social; un dólar apreciado mejora la capacidad de compra de los salarios y las condiciones de vida de los sectores populares y la clase media, pero agrava el déficit de la balanza comercial y tarde o temprano deriva en crisis del sector externo e inestabilidad financiera.

---

<sup>6</sup> Ariel Wilkis y Mariana Luzzi (2019): *El dólar. Historia de una moneda argentina*, Buenos Aires, Editorial Crítica.

El resultado de este choque de proyectos es una sociedad dicotomizada, a la que le cuesta encontrar un centro. Los estudios culturales advierten sobre la singularidad de un país que no tiene un mito fundante, a la manera del “sueño americano” en Estados Unidos o la “democracia racial” en Brasil, sino dos: el mito del pueblo y el mito de la clase media<sup>7</sup>. Y sostienen que esto se expresa en la cultura popular y, sobre todo, en el tango, tal como se ve en unos los temas preferidos de los compositores, la mujer deseada, que no es una sino dos: la novia, una especie de prolongación de la madre, familiar, humilde, confiable; y “la otra”, una mujer emancipada, que ama y abandona, tiene carácter y sueños, está dispuesta a dejar el barrio y a la que por supuesto se la han dedicado muchos más tangos que a la primera<sup>8</sup>. El reflejo de este país partido es una trayectoria económica caracterizada por una enorme volatilidad, que bate récords de inflación y que cada diez años aproximadamente cae en una crisis explosiva, como las que se vivieron en 1982, 1989, 2001 y en la actualidad.

### **El fracaso económico del macrismo**

Macri llegó el gobierno en diciembre de 2015 con la promesa de terminar

---

<sup>7</sup> Vicente Palermo (2015): *La alegría y la pasión. Relatos brasileños y argentinos en perspectiva comparada*, Buenos Aires, Katz Editores.

<sup>8</sup> Gustavo Varela (2016): *Tango y política. Sexo, moral burguesa y revolución en Argentina*, Buenos Aires, Editorial Ariel.

con el “populismo kirchnerista” que, en sus últimos años en el poder, había intentado resolver el histórico problema de la restricción externa estableciendo una serie de controles y regulaciones (permisos de importación, restricciones a la compra de divisas, límites a la remisión de capitales) que derivaron en el establecimiento de un doble tipo de cambio. El plan de Macri era —en apariencia— simple: normalizar el frente financiero pagando a los fondos buitres que tenían al país bajo la amenaza de un nuevo *default*, liberar el mercado de capitales y unificar el tipo de cambio mediante una fuerte devaluación. Al mismo tiempo, reconciliarse con las grandes potencias, potenciar el campo y achicar la industria, bajar el déficit fiscal y ajustar el Estado. Este *shock* ortodoxo habilitaría una lluvia de inversiones externas y un *boom* de exportaciones que, junto a la decisión de inducir mediante una baja del salario real las demandas de consumo de los sectores populares, resolvería el problema de la falta de dólares y ayudaría a recuperar el crecimiento. Mientras, el gobierno planeaba aprovechar los bajos niveles de deuda heredados del kirchnerismo —equivalentes al 35% del PIB— para financiar “la transición” de un régimen económico regulado a otro más liberal, endeudándose en los mercados internacionales.

Pero el plan falló. Las inversiones extranjeras se mantuvieron en los mismos niveles que en el kirchne-

rismo y las exportaciones no aumentaron ni se diversificaron. El programa neoliberal no desató las fuerzas reprimidas de la economía sino que produjo recesión y un agudo deterioro del cuadro social. A diferencia de lo que ocurrió durante otros experimentos exitosos de reforma neoliberal, como el del Chile de los años setenta o la Argentina de los noventa, la economía mundial estaba entrando en una etapa turbulenta, consecuencia de la guerra comercial entre China y Estados Unidos, la ralentización del crecimiento asiático y la desaceleración de la demanda mundial de materias primas. En otras palabras, el fracaso económico de Macri fue consecuencia de una mala lectura del escenario global.

Sin inversiones ni *boom* exportador, el gobierno logró mantener su programa hasta que, en mayo de 2018, la decisión de la Reserva Federal de Estados Unidos de aumentar la tasa de interés desnudó la vulnerabilidad del diseño económico y cerró los mercados voluntarios de deuda. Macri recurrió entonces a la única fuente de dólares que le quedaba disponible: el Fondo Monetario Internacional (FMI) que, con el apoyo de Donald Trump, con quien el presidente argentino tenía una relación personal que databa de la época en la que ambos eran empresarios de la construcción, consiguió un programa de asistencia financiera (*stand-by*) de 57.000 millones de dólares, el más importante de la historia del orga-

nismo. Macri era uno de los pocos jefes de Estado a los que Trump, al fin y al cabo un recién llegado a la política, conocía personalmente cuando asumió la presidencia, y su apoyo fue decisivo no sólo para aprobar el crédito sino también para que el FMI tolerara los recurrentes incumplimientos y aceptara que el gobierno argentino tomara decisiones que iban incluso contra los estatutos formales del organismo, como utilizar las reservas para contener el dólar. En otras palabras, la estrategia de “vuelta al mundo” desplegada por Macri no dio los resultados esperados en materia económica, pero sí alcanzó para asegurarse el apoyo político indispensable para garantizar la benevolencia del FMI.

La asistencia del Fondo ayudó a reestabilizar momentáneamente la situación financiera, pero impuso a cambio un drástico programa de ajuste fiscal y monetario. La economía, que hasta el momento estaba estancada, se desplomó, y la crisis social se agravó. A esa altura el gobierno de Macri ya estaba herido de muerte: la economía solo funcionaba por el “respirador artificial” de la asistencia del FMI, pero todos intuían que ante el primer golpe caería grogui contra las cuerdas. Y el golpe llegó el 11 de agosto, cuando las elecciones primarias obligatorias —en los hechos una primera vuelta— terminaron con su aplastante derrota frente al candidato peronista, que se impuso con una

diferencia de casi el 16% (un 48% contra un 32%).

El diseño macroeconómico insostenible y la debilidad política aceleraron la crisis. Al día siguiente de las elecciones, el dólar volvió a dispararse: si cuatro años atrás Macri había asumido con un dólar a 8 pesos en el mercado oficial (14 en el paralelo), al final de su mandato se situaba en... ¡65 pesos! En estado de pánico, los ahorristas corrieron a los bancos a sacar sus depósitos y la inflación se disparó, llegando al 55% en el acumulado anual. Las reservas del Banco Central, la última barrera para evitar que el peso argentino se pulverizara en medio de una hiperinflación descontrolada, disminuían a razón de 1.000 millones de dólares por día. Acorralado, el gobierno de Macri, el que había llegado a liberar la economía y terminar con los controles populistas, se vio obligado a declarar un *default* parcial de la deuda: el nuevo ministro de Economía, el tercero en menos de cuatro años, anunció una postergación del pago de algunos bonos y el envío de un proyecto de ley de renegociación general de la deuda al Congreso. Al mismo tiempo, anunció una serie de restricciones a la compra de dólares, junto a un conjunto de regulaciones y controles orientadas a evitar un colapso total. Como en otros momentos de la historia reciente, las cadenas de TV 24 horas volvieron a mostrar tres datos que actualizaban en vivo: la

temperatura, el clima y el precio del dólar.

### El giro político

Aunque, al no enfrentar el problema de la escasez de divisas, el diseño económico de Macri era estructuralmente insustentable, la fecha de expiración no estaba prefijada: el régimen de convertibilidad, impuesto en los años noventa como sostén del giro neoliberal de Carlos Menem, también era insostenible en el largo plazo, y sin embargo se mantuvo vigente durante más de una década. En esta ocasión el detonante fue la derrota del oficialismo el 11 de agosto. Derrota que fue, a su vez, resultado directo de la unificación del peronismo, que se había presentado dividido en los tres comicios nacionales anteriores, pero que esta vez logró articularse en torno a una única propuesta. Y esto, por último, fue consecuencia de la decisión, tan sorprendente como personal, de Cristina Fernández de Kirchner.

Cuando comenzó la campaña, Cristina lideraba el sector más importante del peronismo. Las encuestas coincidían en que su popularidad se situaba en torno al 35%, pero también señalaban que el rechazo que despertaba su figura en un sector importante de la sociedad hacía difícil pensar en una victoria en primera vuelta y ponían en duda las chances de vencer en un balotaje. En otras palabras, su piso de votos era alto pero su techo, bajo. O, por citar la fórmula que ve-

nía recorriendo los círculos políticos del peronismo en los meses previos: sin Cristina no se puede, con Cristina sola no alcanza.

Vale la pena detenerse brevemente en este punto. El origen de este amor-odio hacia Cristina —lo que en Argentina se conoce como “la grieta”— puede rastrearse al conflicto del campo del 2008. Al poco tiempo de asumir la presidencia tras la exitosa gestión de su marido, Cristina anunció un aumento de los impuestos a las exportaciones (retenciones) de soja, maíz y trigo. En pleno *superboom* de los *commodities*, con la tonelada de soja por arriba de los 600 dólares, el gobierno decidió que había llegado el momento de capturar más porcentaje de la “hiperrenta” del poderoso sector agropecuario para seguir fortaleciendo el Estado, desplegando políticas de protección social y apoyando a la industria. Pero no tomó en cuenta la reacción que esto generaría en el campo, un sector al que el gobierno de Cristina seguía viendo con los anteojos de otra época, como un resabio cuasifeudal de terratenientes y peones, cuando en realidad se había transformado en un actor dinámico, imbricado con el mundo urbano de las finanzas, la industria y los medios de comunicación<sup>9</sup>. Frente al intento de aumentar las retenciones, el campo reaccionó

<sup>9</sup> Carla Gras y Valeria Hernández (2016): *Radiografía del nuevo campo argentino. Del terrateniente al empresario transnacional*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

con cortes de ruta y amenazas de desabastecimiento, sostuvo la disputa durante tres meses y terminó ganándola en una votación en el Congreso.

Cristina logró recuperarse y ser reelegida, pero la grieta estaba abierta, porque detrás de la fachada de una discusión impositiva se escondía una reactualización del histórico conflicto entre la tradición liberal-aperturista y la perspectiva nacional-desarrollista. Fue también el origen del macrismo, hasta el momento una experiencia municipal limitada a la Ciudad de Buenos Aires, que supo aprovechar la fractura para comenzar a construir la coalición que ocho años después terminaría derrotando al peronismo.

Sin embargo, más allá de victorias circunstanciales (Cristina en 2011, Macri en 2015), la grieta se mantuvo vigente. Ninguno de los dos polos, ni el kirchnerismo ni el macrismo, logró ampliar su base de apoyos más allá del tercio que constituye su núcleo duro y estabilizar una mayoría permanente, lo que explica las dificultades que enfrentaron, tanto Cristina en el último tramo de su gobierno, como Macri a lo largo de toda su gestión, para imponer reformas profundas y duraderas, sean de orientación izquierdista o liberal. Desde hace una década, la grieta mantiene semi-paralizada a la Argentina.

La perspectiva de repetir este menú de fresa o chocolate parecía la más

probable. Pero Cristina cambió de manera radical el escenario cuando tomó la decisión de dar un paso al costado y designar a Alberto Fernández como candidato a presidente. Como señalamos, la expresidenta contaba con el apoyo de un tercio duro del kirchnerismo, pero también generaba una división que impedía la unidad del peronismo. Muchos gobernadores, intendentes y dirigentes peronistas se negaban a alinearse nuevamente bajo la jefatura de Cristina, cuya figura, tan seductora como controvertida, despertaba un rechazo equivalente en parte de los votantes. Por eso Cristina eligió a Alberto Fernández. Moderado y conciliador, Fernández es un profesional del sistema político valorado por la élite, pero que nunca disputó una elección importante. Fue jefe de Gabinete de Néstor Kirchner y luego de Cristina, y se alejó del kirchnerismo criticando la forma en la que estaba manejando el conflicto del campo; luego participó de diferentes intentos por construir un peronismo anti-kirchnerista hasta que, dos años atrás, recuperó el diálogo con Cristina, que al convertirlo en cabeza de fórmula reconoció implícitamente los errores cometidos durante el último tramo de su gobierno.

La “fórmula Jane Austen” —sensatez (Alberto) y sentimientos (Cristina)— logró la unificación de todas las corrientes del peronismo por primera vez en siete años y permitió desplegar una campaña moderada y centris-

ta, alejada del discurso polarizante de la grieta, en la que la expresidenta ocupó un discretísimo segundo plano, que puso el foco en el fracaso económico de Macri y las devastadoras consecuencias sociales del ajuste negociado con el FMI. Con eso fue suficiente: Fernández se impuso cómodamente en las primarias y se encamina a una victoria arrasadora en primera vuelta en las elecciones generales del 27 de octubre.

### Lo que viene

Consciente de que recibe una economía en crisis, Fernández se ha preocupado por moderar expectativas. Prácticamente desprovista de promesas, su campaña se destaca por una austeridad programática casi espartana. Apenas asuma el poder el próximo 10 de diciembre, el nuevo gobierno desplegará un plan de emergencia social orientado a contener la crisis generada por la disparada inflacionaria de los últimos meses, que elevó la pobreza al 35,4% y la indigencia (pobreza extrema) al 7,7%. Como nunca desde 2001, el paisaje social argentino muestra nuevamente filas de personas esperando por un plato de comida en los comedores comunitarios.

Mientras tanto, el nuevo gobierno intentará reanimar la economía. La primera tarea en este aspecto consistirá en renegociar la deuda con el FMI, y quizás también con los acreedores privados, para ganar tiempo. Según el acuerdo firmado por Macri,

Argentina debería pagar al FMI 24.000 millones de dólares en 2020 y 31.000 millones en 2021. El total de la deuda supera el 100% del PIB, una carga incompatible con la política heterodoxa que pretende implementar. Para avanzar en una renegociación, Fernández puede inspirarse en un antecedente no tan lejano: en 2005, el gobierno de Néstor Kirchner (del cual Fernández fue jefe de Gabinete) forzó a los acreedores a una quita del 70%, la más importante de la historia mundial. En esta ocasión, el gobierno contará con una herramienta de presión fundamental, ya que el 61% de la capacidad prestable del FMI se concentra en Argentina, lo que ha hecho que muchos economistas recuerden en estos días un viejo adagio atribuido a Keynes: si una persona le debe a un banco un millón de dólares, el problema lo tiene la persona, pero si le debe mil millones de dólares el problema lo tiene el banco.

La geopolítica será, en este aspecto, fundamental. El apoyo de Estados Unidos, con capacidad de veto en el directorio del FMI, resultará decisivo. Por eso Fernández ha dicho que mantendrá una relación “madura” con Washington, diferente a la actitud obsecuente de Macri, pero sin tensar la cuerda más allá de lo razonable. Como el resto de los países de Sudamérica, Argentina es objeto de una creciente competencia geopolítica entre Estados Unidos y China, lo que define una situación de “doble

dependencia”: de Washington, por su influencia en los organismos de crédito y los fondos de inversión que tienen bonos de la deuda argentina; y de Pekín, que es el gran comprador de las materias primas argentinas y casi la única fuente de financiación para obras de infraestructura, indispensables para mejorar la capacidad exportadora del país y abastecer de dólares la economía. Los documentos y declaraciones de los principales asesores de Fernández en materia de política exterior destacan la oportunidad que implica esta situación<sup>10</sup>. Una diplomacia astuta, argumentan, puede convertir esta doble dependencia en una oportunidad para, coqueteando con ambas potencias, obtener lo mejor de cada una. Esto se vuelve más relevante si se tiene en cuenta que, a diferencia de lo que ocurrió durante el kirchnerismo, cuando casi toda Sudamérica estaba gobernada por políticos de izquierda que cooperaban entre sí, hoy la región se encuentra dividida entre presidentes de diferente orientación política, lo que complica la posibilidad de articular un bloque regional de línea progresista.

Junto a una renegociación de la deuda que permita ganar tiempo, el nuevo gobierno se propone reactivar la economía por vía de una mejora del poder adquisitivo de los trabajadores

y la clase media. Puede hacerlo de manera directa, disponiendo aumentos hacia aquellas personas cuyos ingresos dependen del Estado (trabajadores del sector público, jubilados y receptores de planes sociales), pero también con un incremento del salario mínimo y una mejora de los ingresos de los trabajadores del sector privado, a través de las negociaciones colectivas de los sindicatos de las distintas ramas en las que el Estado tiene una fuerte incidencia. Esta recuperación sería paulatina, unos puntos por arriba de la inflación. Y quedaría envuelta en un “pacto social” entre empresarios, sindicatos, organizaciones sociales, la Iglesia y otras entidades de la sociedad civil, que dotaría de legitimidad al nuevo diseño económico. Vagamente inspirado en los acuerdos de la Moncloa, el objetivo del pacto es consensuar una serie de compromisos por un plazo determinado —se habla de 180 días— que permitan ordenar salarios y precios, y evitar que el resto de las variables (dólar, tarifas, inflación) se descalabren mientras la economía recupera el ritmo de crecimiento.

Pero en el largo plazo todo dependerá del dólar. Ni la resolución de la emergencia social, ni la renegociación de la deuda, ni la firma de un acuerdo social podrán sostenerse en el tiempo si la economía argentina no logra generar los dólares necesarios para permitir el despliegue de su industria y atender las demandas de consumo y ahorro de la sociedad. Por

<sup>10</sup> Jorge Argüello (2019): “Entender el mundo, decidir con autonomía”, *Le Monde diplomatique*, Edición Cono Sur, n° 244 (octubre).

eso, mientras trabaja en el corto plazo, el próximo gobierno debe encarar un plan de desarrollo que mejore las capacidades industriales de manera que se reduzcan sus demandas de importaciones y, al mismo tiempo, potencie los sectores exportadores capaces de producir divisas, como el sector agropecuario, el minero y el hidrocarburífero (el yacimiento de Vaca Muerta es la segunda reserva de gas y la cuarta de petróleo no convencional de mundo). Ocurre que, salvo uno o dos años de breves y frágiles recuperaciones, la economía argentina se encuentra estancada desde hace aproximadamente una década, desde el momento en que el *boom* de los *commodities* comenzó a agotarse y la restricción externa volvió a asomar en el horizonte. Por eso, si no consigue mejorar este aspecto concreto de su funcionamiento económico, Argentina está condenada, como Sísifo, a empujar eternamente la piedra hacia arriba de la montaña, en un ciclo de ilusión y desencanto que se repite una y otra vez, una y otra vez...

*Periodista y politólogo, fue redactor y columnista de Página/12, jefe de redacción de Nueva Sociedad y consultor de Naciones Unidas. Escribe en diferentes medios, incluidos The New York Times en Español. Es director de Le Monde diplomatique, Edición Cono Sur, de Review. Revista de libros, y de las editoriales Capital Intelectual (Argentina) y Clave Intelectual (España).*

### Fundación Carolina, octubre 2019

Fundación Carolina  
C/ Serrano Galvache, 26.  
Torre Sur, 3ª planta  
28071 Madrid - España  
[www.fundacioncarolina.es](http://www.fundacioncarolina.es)  
@Red\_Carolina

[https://doi.org/10.33960/AC\\_20.2019](https://doi.org/10.33960/AC_20.2019)

La Fundación Carolina no comparte necesariamente las opiniones manifestadas en los textos firmados por los autores y autoras que publica.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)